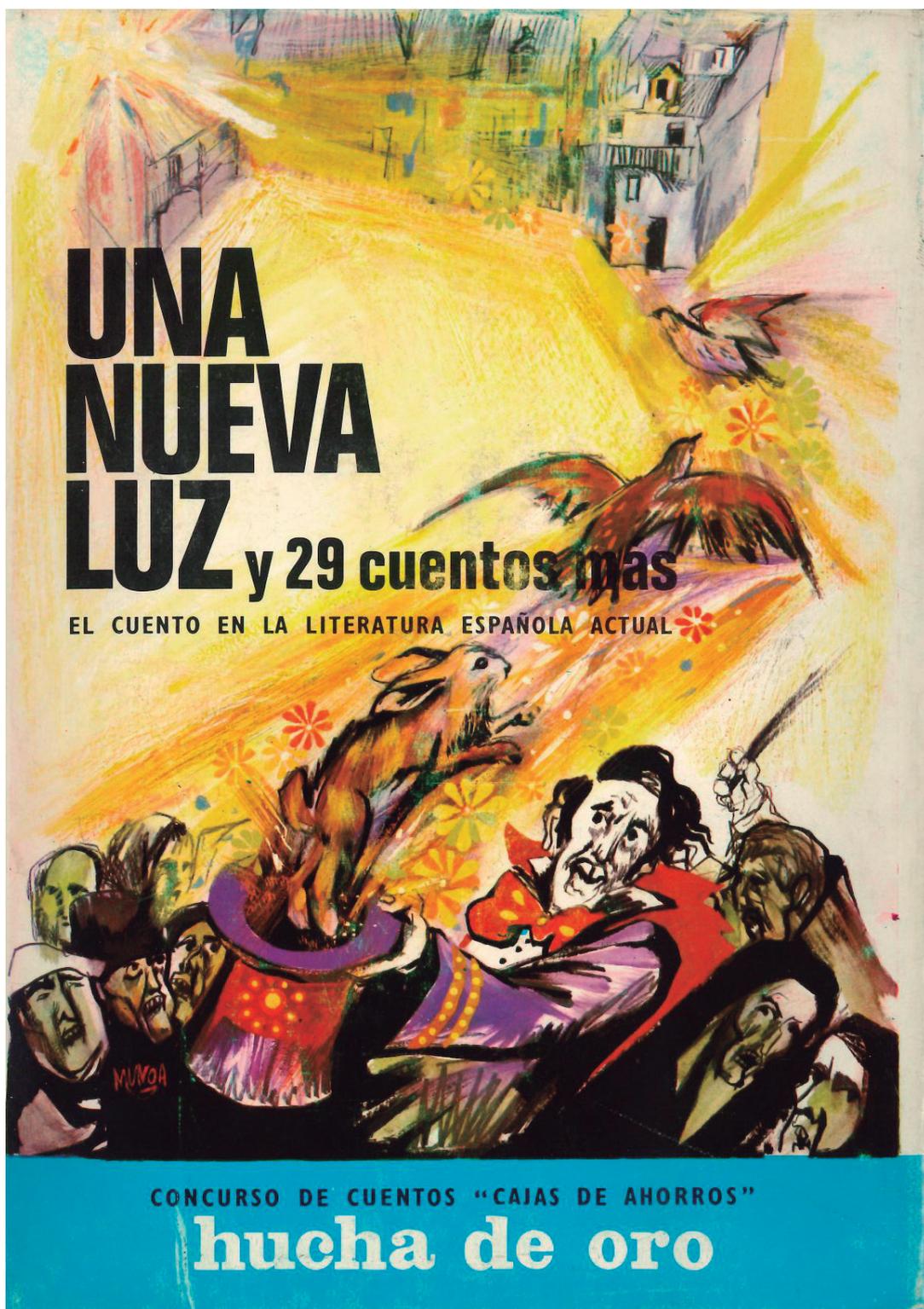


«Le guiaba Dios»

Por la noche, entre sus compañeros, entre los suyos en su casa, tal vez en la cubierta de un navío, en una taberna de su pueblo, hablaba de sus recuerdos, de sus fantasías, de sus sueños; refería aventuras oídas, según él, de sus abuelos, que habrían sido famosos navegantes, y quizá corsarios famosos, y que habían cruzado con sus navíos todos los mares; hablaba de pulpos gigantescos, que luchaban con los grandes animales marinos y, con sus tentáculos, arrebatában a los hombres de la cubierta de las naves; hablaba de ballenas como montes cuyas fauces pasaban veleros, con sus palos y sus arboladuras, y con las velas tendidas y todos sus tripulantes; cuando abrían y cerraban la boca agitaban el mar, como si un temporal se hubiese desatado sobre las olas. Si se descuidaban, si no estaban prevenidos, iban hombres y barcos a parar al vientre del animal, para quedar allí sepultados. No obstante, era fácil librarse de aquel peligro; era cuestión sólo de ir prevenido. Bastaba con invocar el nombre de la Madre de Dios en voz alta y el monstruo no podía cerrar la boca, y por ella volvían a salir los veleros, con sus altos palos y sus velas tendidas, y todos sus tripulantes, sin haber sufrido daño alguno.

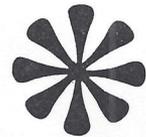
«Le guiaba Dios», *Una nueva luz y 29 cuentos más*, 1966,
pp.185-186

«Le guiaba Dios». Dins *Una luz nueva y 29 cuentos más*. Madrid: Confederación Española de Cajas de Ahorros Benéficas, 1966, pp.181-197.





LE GUIABA DIOS



POR

SEBASTIÁN JUAN ARBÓ





Era un hombre alto y apuesto, de noble y recia figura; tenía el cutis pecoso y los cabellos rubios.

Tenía en sus ademanes, en su figura, una prestancia, una dignidad y distinción principescas, y que le haría enfrentarse de igual a igual con grandes y con reyes; al lado de esto, poseía una energía, una gallardía y fortaleza de espíritu, que le permitiría, y mejor aún, hacer cara a los envidiosos de la corte, en la corte, y a las tripulaciones amotinadas, en pleno océano, en las horas más difíciles y a la vez más gloriosas de su vida, y dominarlas, en que demostró que era de raza de héroes.

Estaba dotado de una fantasía viva; hablaba bien y con elocuencia, y ya de joven, maravillaba a todos con sus relatos; había navegado desde niño —desde los catorce años—; había visto muchas tierras y tratado gran número de hombres; había escuchado y observado, y había también leído.

Por las noches, entre sus compañeros, entre los suyos en su casa, tal vez en la cubierta de un navío, en una taberna de su pueblo, hablaba de sus recuerdos, de sus fantasías, de sus sueños; refería aventuras oídas, según él, de sus abuelos, que habían sido famosos navegantes, y quizá corsarios famosos, y que habían cruzado con sus navíos todos los mares; hablaba de pulpos gigantes, que luchaban con los grandes animales marinos y, con sus tentáculos, arrebatában a los hombres de la cubierta de las naves; hablaba de ballenas como montes por cuyas fauces pasaban veleros, con sus palos y sus arboladuras, y con las velas ten-

Un cuento maravilloso

Le guiaba Dios

LE GUIABA DIOS

Dios es mi fortaleza, es
mi escudo. En él confío
mi corazón y Él me dio
su ayuda.

Salmo

Era un hombre alto y apuesto, de noble y recia figura; tenía el cutis pecoso y los cabellos rubios. ~~Estaba "avezado", como diría, a luchar con los vientos del mar y las tempestades, y a vencerlos"; para lo demás "ponía la confianza en Dios". Aquella fortaleza y esta fe, eran prenda segura, del alto fin que había de alcanzar.~~

Tenía en sus ademanes, en su figura, una prestancia, una dignidad y distinción principescas, y que le haría enfrentarse de igual a igual con grandes y con ^{reyes} ~~principes~~; al lado de esto, poseía una energía, una gallardía y fortaleza de espíritu, que le permitiría, y mejor aún, hacer cara a los envidiosos de la corte, ~~en la corte~~, y a las tripula-

Un cuento maravilloso

LE GUIABA DIOS
=====

era un hombre alto y apuesto, de noble y recia figura; tenía el cutis pecosco y los cabellos rubios.

Tenía en sus ademanes, en su figura, una prestancia, una dignidad y distinción principesca, y que le haría enfrentarse de igual a igual con grandes y con reyes; al lado de esto, poseía una energía, una gallardía y fortaleza de espíritu, que le permitiría, y mejor aún, hacer cara a los envidiosos de la corte, en la corte, y a las tripulaciones amotinadas, en pleno océano, en las horas más difíciles y a la vez más gloriosas, de su vida, y dominarlas, en que demostró que era de raza de héroes.

Tenía una fantasía viva; hablaba bien y con elocuencia, y ya de joven, maravillaba a todos con sus relatos; había navegado desde niño - desde los 14 años -; había visto muchas tierras y tratado gran número de hombres; había escuchado y observado, y había también leído.

Por las noches, entre sus compañeros, entre los suyos en su casa, tal vez en la cubierta de un navío, en una taberna de su pueblo, hablaba de sus recuerdos, de sus fantasías, de sus sueños; refería aventuras oídas según él, de sus abuelos, que había sido todos famosos navegantes, y quizá corsarios famosos, y que habían cruzado con sus navíos todos los mares; hablaba de pulpos gigantes, que luchaban con los grandes animales marinos, y con sus tentáculos arrebatában a los hombres de la cubierta de las naves; hablaba de ballenas como montes por cuyas fauces pasaban veleros, con sus palos y sus arboladuras, y con las velas tendidas y todos sus tripulantes; cuando abrían y cerraban la boca agitaban el mar, como si un temporal se hubiese desatado sobre las olas. Si se descuidaban, si no estaban prevenidos, iban hombres y barcos a parar al vientre del animal, para quedar allí sepultados. No obstante, no era fácil librarse de aquel peligro; era cuestión sólo de ir prevenido. Bastaba con invocar el nombre de Dios en voz alta y el monstruo no podía cerrar la boca, y por ella volvían a salir los veleros, con sus altos palos y sus velas tendidas, y todos sus tripulantes, sin haber sufrido daño alguno.

Más adelante un motivo aún más maravilloso, de más trascendencia, se añadió a los relatos de aquel visionario, del que la mayoría se reían; pero esta vez no se trataba de una fantasía, de un relato más o menos legendario: era todo verdad.

Era la historia de un viajero veneciano; había estado en el país del elefante blanco, que tenía los colmillos de oro y llevaba un baldoquín de oro y de seda sobre el cual se sentaba el emperador. Tras ello visitó el país del Gran Khan, donde éste le nombró gobernador, y estuvo en Katay, la maravillosa, y en la no menos maravillosa, Cipango.

Estaba esta isla en el extremo Oriente y en ella se veía por todas partes el oro, los diamantes, las piedras preciosas; los más fabulosos tesoros estaban allí; todos los utensilios eran de oro; el oro abundaba de tal modo, que hasta las tejas de los tejados eran del precioso metal; para vestir sólo se usaba la seda, y todos se adornaban con diamantes, con oro, con piedras preciosas.

Él iría a aquellas tierras; iría en busca de aquellos tesoros; pero no lo haría por tierra, como aquel viajero; él lo haría por mar; él había leído libros misteriosos y sabía que la tierra era redonda, y que podía llegarse a aquellas tierras por el otro lado del mar. Esto haría él; compraría una carabela muy grande; buscaría hombres intrépidos, que le acompañarían y se lanzaría a la aventura, porque ya es hora de decir que el hombre era navegante.

Las gentes se le reían, como se reían en su niñez, oyéndole sus fantasías; las gentes se reían de él, pero le escuchaban y se sentían, también ellos, maravillados; decían sí "está loco", pero él no les hacía caso y seguía adelante con aquel sueño, porque "le ayudaba Dios".

Una de noche, el capitán, el navegante, iba al mando de unas naves; estaban al acecho, esperando el paso de cuatro galeras de Flandes con un valioso cargamento, con la sana intención de hacerlas pasar a sus naves, y a poder ser, sin deterioro.

La cosa, no obstante, sucedió al revés; los cazadores resultaron cazados; las galeras contrarias se defendieron; aquella en que iba él, el navegante, fue incendiada y los tripulantes tuvieron que buscar en las olas la salvación, y él entre ellos.

La costa estaba apartada, pero era un hombre fuerte "avezado a los vien-

Un cuento maravilloso

LE GUIABA DIOS

Dios es mi fortaleza, es
mi escudo. En él confío
mi corazón y Él me dio
su ayuda

Salmo

Era un hombre alto y apuesto, de noble y recia figura; tenía el cutis pecoso y los cabellos rubios. Estaba "avezado", como diría, a luchar con los vientos del mar y las tempestades, y a vencerlos"; para lo demás "ponía la confianza en Dios". Aquella fortaleza y esta fe, eran prenda segura, del alto fin que había de alcanzar.

Tenía en sus ademanes, en su figura, una prestancia, una dignidad y distinción principescas, y que le haría enfrentarse de igual a igual con grandes y con príncipes; al lado de esto, poseía una energía, una gallardía y fortaleza de espíritu, que le permitiría, y mejor aún, hacer cara a los envidiosos de la corte, en la corte, y a las tripula-

Un cuento maravilloso

LE GUIABA DIOS

por Sebastián Juan Arbo

Era un hombre alto y apuesto, de noble y recia figura; tenía el cutis pálido y los cabellos rubios.

Tenía en sus ademanes, en su figura, una prestancia, una dignidad y distinción principescas, y que le haría enfrentarse de igual a igual con grandes y con reyes; al lado de esto, poseía una energía, una gallardía y fortaleza de espíritu, que le permitiría, y mejor aún, hacer cara a los envidiosos de la corte, en la corte, y a las tripulaciones obstinadas, en pleno océano, en las horas más difíciles y a la vez más gloriosas, de su vida, y dominarlas, en que demostró que era de raza de héroes.

Estaba dotado de una fantasía viva; hablaba bien y con elocuencia, y ya de joven, maravillaba a todos con sus relatos; había navegado desde niño - desde los 14 años -; había visto muchas tierras y tratado gran número de hombres; había escuchado y observado, y había también leído.

Por las noches, entre sus compañeros, entre los suyos en su casa, tal vez en la cubierta de un navío, en una taberna de su pueblo, hablaba de sus recuerdos, de sus fantasías, de sus sueños; refería aventuras oídas, según él, de sus abuelos, que habían sido ~~muchos~~ famosos navegantes, y quizá corsarios famosos, y que habían cruzado con sus navíos todos los mares; hablaba de pulpos gigantescos, que luchaban con los grandes animales marinos, y con sus tentáculos arrebataban a los hombres de la cubierta de las naves; hablaba de ballenas como montes por cuyas fauces pasaban veleros, con sus palos y sus arboladuras, y con las velas tendidas y todos sus tripulantes; cuando abrían y cerraban la boca agitaban el mar, como si un temporal se hubiese desatado sobre las olas. Si se descaidaban, si no estaban prevenidos, iban hombres y barcos a parar al vientre del animal, para quedar allí sepultados. No obstante, era fácil librarse de aquel peligro; era cuestión sólo de ir prevenido. Bastaba con invocar el nombre de Dios en voz alta y el monstruo no podía cerrar la boca, y por ella volvían a salir los veleros, con sus altos palos y sus velas tendidas, y todos sus tripulantes, sin haber sufrido daño alguno.

Más adelante un motivo aún más maravilloso, de más trascendencia, se añadió a los relatos de aquel visionario, del que la mayoría se reían; pero esta vez no se trataba de una fantasía, de un relato más o menos legendario; era todo verdad.

Sea la historia de un viajero veneciano; había estado en el país del elefante blanco, que tenía los colmillos de oro y llevaba un baldquín de oro y de seda, sobre el cual se sentaba el emperador. Tras ello visitó el país del Gran Khan, donde éste le nombró gobernador, y estuvo en Katay, la maravillosa, y en la no menos maravillosa, Cipango.

Estaba esta isla en el extremo Oriente y en ella se veía por todas partes el oro, los diamantes, las piedras preciosas; los más fabulosos tesoros estaban allí; todos los utensilios eran de oro; el oro abundaba de tal modo, que hasta las tejas de los tejados eran del precioso metal; para vestir sólo se usaba la seda, y todos se adornaban con diamantes, con oro, con piedras preciosas.

Él iría a aquellas tierras; iría en busca de aquellos tesoros; pero no lo haría por tierra, como aquel viajero; él lo haría por mar; él había leído libros misteriosos y sabía que la tierra era redonda, y que podía llegarse a aquellas tierras por el otro lado del mar. Esto haría él; compraría una carabela muy grande; buscaría hombres intrépidos, que le acompañarían y se lanzaría a la aventura, porque ya es hora de decir que el hombre era navegante.

Las gentes se le reían, como se reían en su niñez, oyéndole sus fantasías; las gentes se reían de él, pero le escuchaban y se sentían, también ellos, maravillados; decían sí "esté loco", pero él no les hacía caso y seguía adelante con aquel sueño, porque "le guiaba Dios".

Reinaba a la sazón en España Isabel de Castilla, llamada también la Católica; sentada en su trono, al lado de su esposo don Fernando - tanto monta, monta tanto - , gobernaba la nación con mano firme y una prudencia extraordinaria, y era en todas partes celebrada y alabada.

Un día la reina de Castilla le hablaron de un aventurero extranjero, que había llegado a su reino. Le dijeron que soñaba en una empresa relacionada con un mundo nuevo que solicitaba una entrevista con ella, para exponerle el plan de aquella empresa y para que le ayudase a llevarla a término.

Isabel, la reina de Castilla, le mandó llamar, y fue aquel un día señalado en la vida del Navegante, pues se trataba de él. Se vistió con sus mejores galas y se presentó ante la reina Isabel, sentada en su trono; se arrodilló a sus pies. Ella le mandó levantar y le pidió que se explicase.

Era, y se dijo ya, un hombre distinguido, de noble apocatura y hablaba admirablemente, pero nunca lo hizo como aquel día ante la reina de Castilla, cuando le expuso la idea de aquella aventura. Él, estaba seguro, encontraría las Indias, donde abundaba el oro, donde había riquezas fabulosas, y lo haría por el camino más recto; sólo necesitaba una cosa; que le facilitarán los medios, que le proporcionasen las carabelas y los hombres ~~para el viaje~~; no dejó de citar por último el inmenso beneficio que había de representar para la nación, y de

Un cuento maravilloso

LE GUIABA DIOS
=====

Era un hombre alto y apuesto, de noble y recia figura; tenía el cutis pecoso y los cabellos rubios.

Tenía en sus ademanes, en su figura, una prestancia, una dignidad y distinción principescas, y que le haría enfrentarse de igual a igual con grandes y con reyes; al lado de esto, poseía una energía, una gallardía y fortaleza de espíritu, que le permitiría, y mejor aún, hacer cara a los envidiosos de la corte, en la corte, y a las tripulaciones amotinadas, en pleno océano, en las horas más difíciles y a la vez más gloriosas, de su vida, y dominarlas, en que demostró que era de raza de héroes.

Tenía una fantasía viva; hablaba bien y con elocuencia, y ya de joven, maravillaba a todos con sus relatos; había navegado desde niño - desde los 14 años -; había visto muchas tierras y tratado gran número de hombres; había escuchado y observado, y había también leído.

Por las noches, entre sus compañeros, entre los suyos en su casa, tal vez en la cubierta de un navío, en una taberna de su pueblo, hablaba de sus recuerdos, de sus fantasías, de sus sueños; refería aventuras oídas según él, de sus abuelos, que había sido todos famosos navegantes, y quizá corsarios famosos, y que habían cruzado con sus navíos todos los mares; hablaba de pulpos gigantes, que luchaban con los grandes animales marinos, y con sus tentáculos arrebatában a los hombres de la cubierta de las naves; hablaba de ballenas como montes por cuyas fauces pasaban veleros, con sus palos y sus arboladuras, y con las velas tendidas y todos sus tripulantes; cuando abrían y cerraban la boca agitaban el mar, como si un temporal se hubiese desatado sobre las olas. Si se descuidaban, si no estaban prevenidos, iban hombres y barcos a parar al vientre del animal, para quedar allí sepultados. No obstante, no era fácil librarse de aquel peligro; era cuestión sólo de ir prevenido. Bastaba con invocar el nombre de Dios en voz alta y el monstruo, no podía cerrar la boca, y por ella volvían a salir los veleros, con sus altos palos y sus velas tendidas, y todos sus tripulantes, sin haber sufrido daño alguno.

Más adelante un motivo aún más maravilloso, de más trascendencia, se añadió a los relatos de aquel visionario, del que la mayoría se reían; pero esta vez no se trataba de una fantasía, de un relato más o menos legendario: era todo verdad.

Era la historia de un viajero veneciano; había estado en el país del elefante blanco, que tenía los colmillos de oro y llevaba un baldoquín de oro y de seda sobre el cual se sentaba el emperador. Tras ello visitó el país del Gran Khan, donde éste le nombró gobernador, y estuvo en Katay, la maravillosa, y en la no menos maravillosa, Cipango.

Estaba esta isla en el extremo Oriente y en ella se veía por todas partes el oro, los diamantes, las piedras preciosas; los más fabulosos tesoros estaban allí; todos los utensilios eran de oro; el oro abungaba de tal modo, que hasta las tejas de los tejados eran del precioso metal; para vestir sólo se usaba la seda, y todos se adornaban con diamantes, con oro, con piedras preciosas.

Él iría a aquellas tierras; iría en busca de aquellos tesoros; pero no lo haría por tierra, como aquel viajero; él lo haría por mar; él había leído libros misteriosos y sabía que la tierra era redonda, y que podía llegarse a aquellas tierras por el otro lado del mar. Esto haría él; compraría una carabela muy grande; buscaría hombres intrépidos, que le acompañarían y se lanzaría a la aventura, porque ya es hora de decir que el hombre era navegante.

Las gentes se le reían, como se reían en su niñez, oyéndole sus fantasías; las gentes se reían de él, pero le escuchaban y se sentían, también ellos, maravillados; decían sí "está loco", pero él no les hacía caso y seguía adelante con aquel sueño, porque "le ayudaba Dios".

Era de noche, el extranjero, el navegante, iba al mando de unas navíos; estaban al acecho, esperando el paso de cuatro galeras que volvían de Flandes con un valioso cargamento, con la sana intención de hacerlas pasar a sus naves, y a poder ser, sin deterioro.

La cosa, no obstante, sucedió al revés; los cazadores resultaron cazados; las galeras contrarias se defendieron; aquella en que iba él, el navegante, fue incendiada y los tripulantes tuvieron que buscar en las olas la salvación, y él entre ellos.

La costa estaba apartada, pero era un hombre fuerte "avezado a los vien-

tos del mar y a las tempestades", como diría él de sí mismo, y bonísimo nadador; encontró, además, un remo flotando - una señal acaso para él, de la protección divina -, y a ratos descansando en el remo, a ratos nadando, pudo alcanzar la costa.

Fue una feliz casualidad - tal vez un designio del Ciero;- precisamente aquel país tenía él en la mente, para la realización de su sueño; de Portugal y de España, partían las navez hacia los mares de Oriente, y de allí habría de partir necesariamente la ruta para su gran empresa. Él había llegado a Portugal.

Reinaba a la sazón en España Isabel de Castilla, llamada después la Católica; sentada en su trono, al lado de su esposo don Fernando - tanto monta, monta tanto -, gobernaba la nación con mano firme y una prodencia extraordinaria, y era en todas partes celebrada y alabada.

Un día la reina de Castilla le hablaron de un aventurero extranjero, que había llegado a su reino. Le dijeron que soñaba en una empresa relacionada con un mundo nuevo; que solicitaba una entrevista con ella, para exponerle el plan de aquella empresa y para que le ayudase a llevarla a término.

Isabel, la reina de Castilla, le mandó llamar, y fue aquel un día señalado en la vida del Navegante, pues se trataba de él. Se vistió con sus mejores galas y se presentó ante la reina Isabel, sentada en su trono; se arrodilló a sus pies. Ella le mandó levantar y le pidió que se explicara.

Era, y se dijo ya, un hombre distinguido, de noble apostura y hablaba ~~admirablemente~~ admirablemente, pero nunca lo hizo como aquel día ante la reina de Castilla, cuando le expuso la idea de aquella aventura. Él, estaba seguro, encontraría las Indias, donde abundaba el oro, donde había riquezas fabulosas, y lo haría por el camino más recto; sólo necesitaba una cosa: que le facilitaran los medios, que le proporcionasen las carabelas y los hombres que le acompañasen; no dejó de citar por último el inmenso beneficio que había de representar para la nación, y de las bendiciones de la Cristiandad, que habían de caer sobre la reina, a causa de aquella empresa. Eran los dos motivos que podían mejor - y él lo sabía -, mover a Isabel de Castilla.

Todos los que le oyeron aquel día quedaron maravillados y tan maravillados como ellos, quedó la reina de España. "Tenía algo - se ha dicho -, de los profetas del Antiguo Testamento por su noble gravedad, por la luz que brillaba en sus ojos, por el fuego que había en sus palabras".

Antes, no obstante, la reina debía de consultar el caso con sus consejeros; no podía decidir por ella sola en cuestiones tan delicadas, y sobre todo, cuando como en el caso presente, se mezclaban asuntos de religión; se convocaría a los sabios del reino, y con ellos, a teólogos famosos, y el extranjero debería exponer su plan ante ellos.

En un atardecer de noviembre el Navegante caminaba hacia la ciudad, por la senda prodigiosa del río; iba a enfrentarse con los sabios de la nación, en la ciudad escogida de Salamanca; iba a enfrentarse con grandes teólogos, maestros de filosofía, geógrafos insignes; iba a enfrentarse, pobre de él, con la famosa universidad de Salamanca, para explicar allí sus proyectos, su plan de descubrimientos.

Él iba triste aquel día, y con razón, porque ¿cuándo ha salido nada grande de las asambleas de sabios? Jesús convenció a sencillos pescadores, y sobre la fe de éstos, propagó su doctrina de amor por todo el mundo; pero no consiguió convencer, digase lo que se diga, y menos maravillar, a los doctores de la ley en Jerusalén ¡y pobre de él y pobres de nosotros, si de ellos hubiese dependido la propagación en el mundo de aquellas doctrinas!

El Navegante iba triste, por esto, y no le faltaba razón. La reina sí se había maravillado; se habían maravillados algunas de las gentes que le oían; aquí la cosa estaba descartada, porque la primera condición del sabio, y esto en todos los tiempos, consiste en no dejarse maravillar.

Los sabios, en efecto, se burlaron de él y de sus proyectos; le calificaron de fantástico y de loco, y también de ignorante, cosa natural, puesto que se trataba de sabios.

Según uno de ellos, el extranjero era sólo un pobre ignorante, porque, ¿a quien podía ocurrírsele una enormidad como aquella, disparates como los que él imaginaba y exponía? Antes de entrar en materia se preguntaba también hasta qué punto podía un sabio, un hombre de ciencia como él, hombres como ellos, que gozaban en el mundo (modestamente) de alguna consideración, entrar en ser discusión con aquel simple aficionado, con aquel (más claro) ignorante. En todo caso, si lo habían, era obedeciendo a la requisitoria de la reina.

El extranjero - dijeron otros - parece empeñado en el antiguo sueño de la redondez de la tierra; era cosa en verdad de reír, porque, ¿quién podía creer en aquella enormidad, y que los hombres en la parte opuesta andaban con las

